

SEMINARIO DE LETRAS

SANCHO PANZA IDEALISTA.

I

La obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra, El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, honra de la lengua y de la raza española, ha sido justamente objeto en el pasado y continúa siéndolo en el presente, de profundos estudios, de prolijos análisis, tanto en lo que respecta a su contenido espiritual, como en lo que se refiere a su formidable riqueza literaria.

Pocos libros, en efecto, tan amados, tan admirables, tan apasionadamente leídos, así por las personas de elevada cultura, como por el vulgo, cual lo ha sido y lo es actualmente en la mayoría de los países del orbe, este libro inimitable, único, donde se halla retratada toda la variedad de la vida humana y en donde palpitan levantadísimas inquietudes del entendimiento y del corazón.

Y, por su gran sentido humano, por su honda significación espiritual, por la singular belleza de su estilo, por la incomparable amplitud de su vocabulario, esta Obra de Miguel de Cervantes Saavedra, escrita en pleno renacimiento europeo y publicada en los primeros años del siglo XVII, constituye, seguramente, uno de los monumentos literarios de perenne valor universal. Tras de los vestidos de los personajes de El Quijote vibra la carne desnuda del hombre de todos los tiempos y de todas las latitudes. Las palabras que dicen esos personajes son las que se han pronunciado continuamente en el pretérito y han de hablarse en el porvenir; y, en el fondo de las pasiones, ideas y sentimientos circunstanciales de los mismos, bullen las pasiones, ideas y sentimientos permanentes del hombre verdadero que conocemos, esto es, del hombre de carne y hueso.

De ahí la suprema importancia de El Quijote dentro de la literatura mundial. He ahí también la razón porque, pese a la época de crisis moral porque atravesamos y al barniz positivista de nuestra civilización de ahora, tal sea una Obra cuyo valor substancial persiste intacto y cuya lectura se mantiene siempre asidua.

II

Hasta el presente, ha venido siendo generalmente aceptada la creencia de que la Obra que nos ocupa trata o patentiza aquellas dos grandes direcciones espirituales que los hombres han seguido en el devenir de los tiempos: la idealista y la materialista. Nadie discute en la actualidad este simbolismo dado a la Obra de Cervantes; antes bien, hasta los más agudos y eruditos comentaristas de Don Quijote, participan de tal apreciación. Algo más: analizados minuciosamente cada uno de los personajes secundarios, podríamos decir, de El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, se ha encontrado las encarnaciones de las diferentes variedades de hombres y mujeres, los cuales, viviendo en un pasado ya lejano, sintieron y pensaron en el fondo como los hombres y mujeres de todos los países y de todas las edades; conforme la experiencia común de la humanidad lo ha podido comprobar en el transcurso de los siglos idos.

Una lectura meditada de la Obra que mencionamos nos demuestra, efectivamente, la particularísima y penetrante intuición de Cervantes al delinear las figuras actuantes en élla y al describir las escenas que se desenvuelven muy cerca de los dos héroes centrales. Mientras don Quijote y Sancho se mueven, incomprendidos las más veces por los que les circundan, otros se agitan en su derredor, hablan, aman y aborrecen; presentando conjuntamente todos un espectáculo que en muchísimo quiere ser fiel trasunto de la realidad cotidiana, de la verdad de la existencia nuestra. Y, en medio de sus demás semejantes, sea cual fuere el lugar donde se hallen, ya en el campo y en la ciudad, en la lid y en la paz, dos figuras se destacan vigorosamente y casi se nos objetivan, por la potencia y vivacidad extraordinaria de sus palabras y actos. Ellas son: el caballero andante don Quijote de la Mancha y su escudero Sancho Panza. Ambos llenan el cuadro de la Obra toda. Los dos explican la razón de ser de la misma. Y tal la sinceridad de sus decires, tal la fuerza de sus sentimientos, tal la espontaneidad de sus acciones, que no obstante el original y distinto modo de ser de cada cual, a todos admiran y en todos despiertan una franca e indeleble simpatía.

Pero, parece que aquellos dos hombres, hasta la fecha, no han sido justamente comprendidos; en especial Sancho, ese ingenuo, sencillo y fiel escudero del extraño caballero andante. Para casi todos nosotros, o al menos para la mayoría, don Quijote es la personificación de la idealidad sin mácula y Sancho Panza la personificación del materialismo estrecho y miserable. Tal apreciación háse difundido tan completamente que por doquier y a cada paso vemos emplear los términos de Quijote y Sancho Panza para se-

ñalar con el primero al hombre de altas aspiraciones morales e intelectuales, que se sacrifica altruístamente por el bien ajeno; y con el segundo término al que sólo tiene puestos los ojos en el sentido utilitario de la vida. Juzgamos, empero, que ha habido una ligereza de nuestra parte al dogmatizar semejante apreciación, máxime cuando estamos perfectamente enterados de que el autor sobre este particular no dejó dicho nada en concreto y que lo único establecido es que Cervantes, al escribir y publicar esta creación cumbre del ingenio español, se propuso, exclusivamente, conforme él mismo lo confiesa, poner en ridículo las costumbres de la antigua caballería andante y arrancar, también, a lo que parece, los rezagos de las creencias que dominaron en forma absoluta durante toda la noche de la Edad Media, en relación con la intervención en la vida de los hombres de los seres y espíritus extraterrenos y maravillosos, como son gigantes, encantadores invisibles, endriago, etc., los cuales se suponía vivían empeñados en desviar los proyectos y perturbar la tranquilidad de los humanos. Pero, al llevar a cabo esta labor de ridiculización y de cultura, eminentemente moralizadora, Cervantes, quizá sin darse cabal cuenta, ni haberlo bien imaginado, creó dos tipos admirables y vívidos de hombre, dos seres, muy semejantes a nosotros, los cuales, andando el tiempo y cual merecen, vendrían a convertirse en verdaderos exponentes y representativos nuestros, en cuando pensamos y sentimos, en cuanto amamos y sufrimos.

III

Biblioteca de Letras

Jorge Puccinelli Converso

Sin embargo, como decíamos, los hombres hemos sido injustos y demasiado ligeros al juzgar la rústica figura de Sancho Panza. Este, para nosotros, es un hombre gordo, vulgar, interesado, egoísta, que sólo mira el lado positivo y práctico de la vida. Y esto no es así. Preciso es seguirle y examinarle de cerca, detalladamente, al través de la Obra toda, tanto cuando habla, como cuando actúa, para percatarse de la grandeza moral que atesora y adivinar la intimidad subjetiva de Sancho. El hecho mismo de haber podido acompañar a don Quijote, tan disparatado y extravagante en su conducta pública y privada, denuncia que Sancho no era un individuo cualquiera. Fijémonos en que Sancho abandona mujer e hijos por seguir a don Quijote hacia rumbos inciertos y en persecución de aventuras que los hagan famosos en los anales de la historia. Es cierto que don Quijote ofrece a Sancho en calidad de recompensa y merced por sus servicios de escudero, una ínsula; pero, se olvida considerarse el hecho de que don Quijote tenía la firme seguridad de que para él conquistaría un reinado. Se infiere de la Obra en referencia, claramente, de que ambos, caballero y escudero, inician la vida de aventuras poseídos por la fiebre de una sola ambición, la del primero todavía más alta y amplia que

la del segundo; y, todos sabemos que la principal razón para tildar a este último de positivista es aquella ambición que despertara en él don Quijote con el ofrecimiento de la ínsula. Con el mismo criterio, podríamos tildar también de positivista a don Quijote, porque su más grande anhelo era conquistar en su provecho un reinado o un imperio. Siguiendo este razonamiento se podría de igual modo calificar de positivistas y materialistas a todos los hombres que cifraron su gloria y su ventura en la adquisición del Poder y de los grandes bienes de la tierra. Cristo, ofreciéndonos el Reino de los Cielos, junto con los fieles que le seguimos, con semejante criterio, resultaría un positivista; Colón lanzándose en busca de un Mundo Nuevo, e Isabel la Católica que le escucha y le ayuda, a costa de sus bienes personales; Napoleón en sus sueños de dominio universal y sometiendo pueblos y naciones; Carlo Magno, empeñado en convertirse en supremo señor de un continente; Alejandro el Grande; los Padres, en fin, de la humanidad, que ensancharon los dominios del progreso y la cultura, estableciendo focos sociales de civilización, fundando ciudades; todos ellos y otros muchos que sería largo enumerar, resultarían entonces unos materialistas. Todo lo cual, se comprende, sería absolutamente absurdo.

Por este motivo Sancho no puede ser nunca un positivista. Sería únicamente un hombre sin instrucción; pero en ningún momento un hombre vulgar. La ambición que alimenta respecto a la posesión y gobierno de la ínsula, juzgado escuetamente y por estar dirigida hacia una cosa que a nosotros nos parece pequeña y muy corriente y hasta baja, no ha sido considerado ni aquilatado debidamente. ¿Con qué derecho, en efecto, negamos valor espiritual al afán de Sancho de poseer cuanto antes la ínsula que su amo le ofreciera? ¿Con qué derecho prejuizamos en los sentimientos de tan intachable escudero y afirmamos que carece de contenido moral aquel sueño de la ínsula? ¿No es suficiente prueba del carácter ideal de tal sueño el hecho de que Sancho actúe con tanta sinceridad y altura de miras durante el breve período de tiempo que tiene a su cargo el ejercicio de la gobernación de la ínsula Barataria; en donde, a pesar de la burla de que se le hace víctima al confiársele el pseudo-gobierno de dicha ínsula, que no era tal en realidad, ni existía en ese lugar ni en parte alguna, da muestras elocuentes de un elevado y sólido sentimiento de la justicia humana? ¿Por otra parte, a don Quijote que abrigaba la convicción completa de que pronto sojuzgaría algún reinado en su beneficio, el gobierno de una de cuyas ínsulas pensaba dar a su escudero, por qué, decimos, no se le tacha también de positivista? ¿Es acaso por sus demostraciones de caballería, de vasta cultura, de espiritualidad? ¿No es igualmente Sancho un caballero, un hombre noble, honesto, generoso, hidalgo, exactamente cual su amo? ¿O quizá ha hecho inclinar la balanza de la apreciación en contra del

buen Sancho, la circunstancia de su insignificante y casi nula preparación intelectual? Porque Sancho no sabe decirnos lo que nos dice don Quijote y no sabe deslumbrarnos con la elocuencia propia de una indiscutible erudición, no vemos su nobleza y sus virtudes, y le creemos un materialista? ¿Acaso solamente los hombres instruídos, los hombres cultos, los hombres con título, pueden ser y son siempre nobles e idealistas?....

Y notemos además, el hecho de que Sancho no niega su ignorancia en materia de instrucción. Es así cómo, al comienzo casi de la obra, la innata sinceridad que le caracteriza pone al desnudo la realidad de su estado intelectual y lo hace ver tal como es, en los siguientes términos:

“La verdad sea, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque no sé leer ni escribir”.

Por otro lado, se dice, en la obra que es objeto de nuestra presente atención, que don Quijote resuelve dedicarse a la vida de aventuras a causa del lamentable trastorno mental que sufre ante la influencia de la lectura de unos libros llamados de caballerías, los cuales, como su mismo nombre lo indica, trataban de la vida llevada por los antiguos caballeros andantes. Don Quijote, poseído por el espíritu de estos libros, se propone seguir la clase de vida de tales caballeros andantes, procurando amoldar su conducta a la de ellos hasta en los más mínimos detalles, esforzándose por expresarse hasta en los mismos términos que ellos lo hicieron. De manera que con esta finalidad nos presenta una serie de circunstancias y de hechos, chocantes con el medio y con la época de entonces, contradictorios e inverosímiles todos, pero productos al fin de la efervescencia interior de don Quijote. En resumen, don Quijote es el resultado de una anormalidad síquica parcial; y decimos parcial porque era enteramente cuerdo hablando de toda otra cosa que no fuera su locura caballeresca. En tal momento, la personalidad de Alonzo Quijano el Bueno se eclipsa totalmente. Don Quijote, un ser nuevo y distinto, mezcla de una rara combinación de sombras y de luz, de locura y de sabiduría, de lo gracioso y de lo sublime, surge de las capas más recónditas de la subconciencia y el espíritu del dicho Alonzo Quijano el Bueno; se esboza, yergue y se desparrama luego por campos y ciudades, en compañía de un ejemplar escudero y noble hombre llamado Sancho Panza. Este es un hombre completamente normal. Una chispa de la idealidad de don Quijote cae en él y prende el fuego de su corazón y de su cerebro. Don Quijote resulta entonces voluntariamente, alegremente, seguido por Sancho. Cabe aquí preguntarse. ¿cuál de los idealismos es superior, aquel que se abandona en la plenitud de sus facultades y de su razón, o aquel que se lanza porque es un loco? ¿No es realmente auténtico y meritorio el idealismo que tiene conciencia de sí? ¿No es verdaderamente idealista aquel que marcha estando en completo juicio? Y don Quijote, co-

mo sabemos, al emprender la vida de aventuras, en su empeño de restaurar las costumbres los antiguos caballeros andantes, era ya un loco. Sancho, en idénticas circunstancias, disfrutaba de toda su razón.

Sancho, además, por otra parte, en sus palabras y en sus acciones, era un hombre bueno, en toda la sublime significación de la palabra. Por naturaleza, era incapaz, moral y materialmente, de hacer daño a alguien. Don Quijote, contrariamente, era un ser violento, irascible, nervioso, dispuesto en realidad hasta a matar, si éllo fuera posible. Se nos ocurre imaginar lo que hubiera sucedido en el caso de que don Quijote hubiese estado revestido del cuerpo robusto de Sancho. Diferentes habrían sido las suertes de las acciones que acometió y habríase visto entonces muy pronto cogido entre las redes ensangrentadas de más de una tragedia. Como vemos, Sancho era el revés de don Quijote en cuanto a carácter. Interrogamos: ¿no es la vida del carácter la mayor parte de la vida de un hombre? ¿No es el carácter el índice del valor moral de un hombre? ¿No es el carácter poderoso factor influyente en el éxito, o en el fracaso de los esfuerzos humanos? ¿No es el carácter lo que hace la felicidad o la desgracia de un hombre? Y Sancho tenía un noble carácter, esa manera de ser serena y dulce de los seres tocados por la inspiración religiosa. Además, Sancho, era la personificación del buen sentido. ¿No es el buen sentido una especie de sabiduría intuitiva? Muchos creen que el buen sentido es mediocridad; pero, nos preguntamos, ¿no es el buen sentido lo que siempre ha conducido a los grandes hombres y a todos los sabios de la humanidad hacia el descubrimiento de las verdades espirituales, hacia el progreso, hacia la cultura, hacia la civilización actual? ¿No es por el buen sentido que los hombres nos hemos salvado siempre de caer en los abismos de la degradación moral y física? ¿No es por el buen sentido que venimos, en fin, desde el pasado más remoto, enderezando nuestras actividades individuales, orientando nuestros esfuerzos colectivos, en persecución de aquel Bien Supremo que es la Felicidad Eterna?... Por todo esto, Sancho, en su vida, no conoce el fracaso, como don Quijote.

Sancho, en su sano idealismo, conserva permanentemente la sinceridad y el buen sentido, la bondad y la sinceridad que le caracterizan. Y es por esta bondad y por esta sinceridad, por aquella serenidad y por aquel buen sentido, que Sancho considera hondamente las consecuencias de los actos humanos y contempla el mundo y la vida al través de un sentimiento realista, generoso y fecundo. Posee también otra cualidad en extremo preciada y de la cual carece don Quijote: fuerza y efusividad en sus afectos. Tal fuerza y efusividad se hacen mayormente palpables en el continuo y casi místico recuerdo que hace de su familia, de su mujer e hijos, a quienes extraña de todo corazón y por los cuales ruega, con la más viva religiosidad, porque Dios les proteja y les

conceda la gracia de la mayor tranquilidad y bienestar posibles. Don Quijote, en cambio, olvida por completo a las personas que dejó desamparadas en su casa. En ninguna de las páginas de la *Obra de Cervantes* se ve que don Quijote dedica algún pensamiento de recuerdo a su sobrina. Sancho si tiene diariamente una mirada para los suyos. Y hasta hay momentos en que pretende abandonar a don Quijote con el propósito de marchar hacia su hogar. Conceptuamos que semejante demostración de la delicadeza espiritual de Sancho, ilumina su figura, la embellece y la dignifica. Si aquellos que le juzgan de positivista pesaran la cualidad que ligeramente acabamos de resaltar, sin duda alguna adjurarían por completo de tal opinión y no podrían dejar de reconocer en el amoroso padre de familia el reflejo de una pura espiritualidad y de un genuino y acendrado idealismo.

Corroboran lo dicho hasta aquí las palabras que a continuación subrayamos, las cuales fueron dirigidas a don Quijote cuando éste pretendía inducir a su escudero al efecto de que por sí propio se vengara de los ultrajes que recibiese en el transcurso de sus andanzas:

“Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado y sé disimular cualquier injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar. Así que séale a vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuántos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, o haga, o haya de hacer, persona alta o baja, rica o pobre, hidalgo o pechero, sin aceptar estado ni condición alguna”. «Jorge Puccinelli Converso»

No es posible negar el profundo valor filosófico de las palabras que anteceden. Sancho comprende su misión de padre y de hombre dentro de la colectividad social. No es que sea un cobarde. Al contrario, Sancho es valiente; pero no quiere usar la fuerza de su brazo y de su inteligencia en inferir daño. Sabe que puede maltratar y sin embargo se abstiene de mezclarse en situaciones que comprometerían su fortaleza física y que le obligaría a descender a la violencia. Todo lo cual esclarece particularmente su persona. Y nada hay en las páginas de la *Obra toda* que desvirtúe nuestras anteriores afirmaciones. Antes bien, en los finales capítulos, Sancho se nos va mostrando más sencillo, con una sencillez rayana en la ingenuidad, pues llega al punto de creer en más de una ocasión en las fantasías y delirios caballerescos de don Quijote. Pero, en el fondo de sí, se mantiene en todo minuto alerta, vigilante, ansioso de captar el legítimo pensamiento de su amo, escudriñándolo todo, contrapesando siempre sus sensaciones, desconfiando muchas veces de lo que dice don Quijote, porque por experiencia y por haberlo visto con sus propios ojos, sabe que éste es capaz de los

mayores desatinos que imaginarse puede. Y, a pesar de todo esto, sigue fielmente al andante caballero de la Triste Figura, a quien se siente fuertemente ligado por un intenso cariño y por una gran gratitud.

La aventura de los molinos de viento, que se refiere a la acometida que emprende don Quijote a ellos en la creencia de que eran enormes gigantes; la de los carneros y ovejas, a los que supone dos ejércitos enemigos disponiéndose a entrar en inaudita batalla campal y a una de cuyas manadas ataca convencido de que prestaba su apoyo a uno de tales ejércitos; la de Sierra Morena; la de los galeotes, que eran unos penados condenados al trabajo forzado en las galeras, etc., etc., por no citar otras muchísimas de larga enumeración, ponen de manifiesto de modo palpable y clarísimamente, el recto y sano criterio de Sancho, su singular euanimidad, cuando en vano se esfuerza en hacer notar a don Quijote lo absurdo y temerario de tales aventuras. En la aventura de los galeotes en particular, donde se exterioriza la gran nobleza moral de Sancho. Al escuchar la miseria de uno de los galeotes, con los ojos abundantemente humedecidos por gruesas lágrimas y el corazón conmovido hasta las raíces, obsequia cierta pequeña limosna; y cuando se desencadena la lucha por la libertad de dichos galeotes, Sancho ayuda a don Quijote y pelea con los guardias que lo conducían. Y, todo, porque aquellos hombres, culpables en su mayoría, recobrasen la libertad que en gran estima tenían Sancho y don Quijote.

Otro de los motivos porque se ha calificado de materialista a Sancho, es también su inclinación a satisfacer oportunamente sus necesidades de sustento físico. Creemos francamente que ningún idealista, so pretexto de ser tal, desdeñará lo inmediato y el necesario alimento nutritivo, imprescindible para su conservación en este mundo. Si nos dijera un idealista que no precisa comer para vivir, sería un falso, un mentiroso, un hipócrita. El idealismo verdadero aprecia y comprende el valor relativo de todo cuanto existe en esta vida y, en lugar de querer aparentar un falso desdén, lucha como todos luchan, pero en el fondo con una visión diferente de los demás, mirando siempre su meta, utilizando las cosas y los objetos, los hechos y los seres, sólo como medios para llegar a un fin, nunca como si fuesen el fin en sí mismo. Sancho Panza, por eso, no vivía para comer, como la generalidad supone; sino que comía para vivir, y guiándose por un amplio sentido humano. Lo explica él mismo a don Quijote, cuando éste queríase abandonar completamente a sus ensoñaciones y a su romanticismo, menospreciando el sustento material, olvidando que éste es indispensable, imposible de posponerse, dada la contextura física de que estamos revestidos; de supremo valor vital, no desde luego por lo que como acto material se practica, sino porque al cuerpo, que es nuestro instrumento de aprendizaje y de perfección espiritual en este mundo, le

vuelve robusto y sensible, capaz de soportar las más altas vibraciones del espíritu y de facilitar los más sutiles esfuerzos de la inteligencia y del corazón. Y es por ello que Sancho dice a su amo en respuesta a las palabras que éste le dirige censurando acremente su costumbre de no descuidarse en la adquisición del respectivo material.

“Desa manera, no aprobará vuesa merced aquel refrán que dice: muera Marta y muera harta. Yo, a lo menos, no pienso matarme a mí mismo; antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue el fin que le tiene determinado el cielo, y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuestramerced, y créame, y después de comido échese a dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo cuando despierte se halla algo más aliviado”

A lo cual Cervantes agrega estas muy significativas palabras, acusadoras de su aprobación personal:

“Hízolo así don Quijote, pareciéndolo que las razones de Sancho eran más de filósofo que de mentecato”.

Hay otra cualidad, otro rasgo de la delicadeza espiritual de Sancho. Nos referimos al cariño entrañable y fervoroso que tenía para su rucio. Ese cariño indica hasta que punto eran de nobles y elevados sus sentimientos, qué cual límpidas y cristalinas aguas, se deslizaban por debajo de un cuerpo rústico y desproporcionado. Es necesario observar la solicitud y la dedicación con que Sancho atiende a su rucio. Muchas veces, primero piensa en la comodidad de este animal, antes que en la suya propia. Sancho ve en cada lugar donde se encuentra lo que necesita y debe comer su rucio y donde debe pasar la noche. En cierta ocasión, el rucio es robado mediante una estratagema muy curiosa: Sancho se había quedado dormido montado sobre el animal, debajo de un árbol, y alguien, con sumo sigilo, coloca cuatro palos que sostienen el aparejo, quedando entonces Sancho suspendido en alto, en medio de la obscuridad y el silencio de la noche, mientras su rucio era llevado lejos, no se sabe adonde. Al amanecer y dándose cuenta de su tragedia, Sancho no sabe que hacerse y cree enloquecer de dolor; su rostro se inunda de copiosas lágrimas y todo él sacudido violentamente por fuertes y sentidos sollozos. Don Quijote mismo, el hombre duro y fiero, no puede resistir imperturbable semejante explosión de dolor, y, sobremanera conmovido, se inclina ante la exquisita sensibilidad de su escudero. Pasan los días. La imagen del rucio arrebatado sigue por doquier a Sancho. ¡Quién sabe si su gran intuición le decía que su rucio tenía que volver alguna vez! Y así fue, en efecto. Uno de aquellos días grises y de tormento para Sancho, le devuelve su rucio. El gozo de Sancho resulta entonces

indescriptible: Si cuando lo perdió momentáneamente había llorado como un niño, cuando lo contempla de nuevo junto a él su alegría es también de niño. Y cosa rara, por primera vez, Sancho experimenta una cólera tremenda, y la provoca el hombre miserable que le había hurtado el animal. Y cual un padre o una madre, que quiere vengar un ultraje hecho al hijo querido, así Sancho se avalanza hacia el ladrón. Mas el castigo no llega a producirse, porque el ladrón huye, como todo culpable, al verse perseguido por el dueño del animal. En adelante, Sancho tiene mayor cuidado, mayor cariño, mayor solicitud fraternal para su rucio. El dolor de su temporal pérdida le había revelado lo mucho que valía para él su rucio.

Nadie, creemos, puede atreverse a menospreciar la cualidad que acabamos de relievlar. Aquella cualidad revela la grandeza de alma de Sancho. Y los que le tildan de positivista deben considerar este rasgo sencillo y tierno que sublimiza su figura y que le hace aparecer como un hombre inclinado al amor de los animales y de las cosas humildes. Porque el animal es una cosa muy humilde; y pocos pueden sentir verdadero cariño por un animal. Las personas escogidas, los grandes santos, lo han sentido siempre y lo sienten en el presente. Y por todo ello, decimos, que en Sancho Panza hay mucho de la suavidad y del espíritu de Francisco de Asís. Como éste, aquél ama la Naturaleza. Como éste, aquél ama los animales. Y como el dulce Francisco de Asís, Sancho tiene siempre en el fondo de su corazón un sentimiento piadoso e infantil, sencillo y sereno, lleno de la más pura magnanimidad.

Don Quijote, en cambio, es un hombre seco y rígido. No tiene él nunca una mirada para los animales. Ni siquiera acaricia a su noble Rocinante. No le importa si come o no come este animal, si se halla o no en buen sitio. Y es que, en don Quijote la fuerza del ideal caballeresco ha matado el sentimiento de humanidad. Don Quijote vive solamente en lo maravilloso. Todo para él es colosal. Encerrado en su torre de cristal, no piensa sino en aventuras. Más que a la humanidad, ama don Quijote la aventura. Busca el placer de la aventura, por la aventura misma; no tanto por el bien humano que de ella podría derivarse. Sancho Panza, en cambio, ama el ideal a través de la humanidad. En él, el ideal y la humanidad se confunden. De ahí que, en Sancho, lo concreto tiene la vaguedad de lo abstracto, y la luz de un sensato idealismo guía su conducta pública y privada.

Por ello, en el fondo, don Quijote es la encarnación del idealismo puro y ábstracto; Sancho Panza la del idealismo realista y humano. Aquel es el idealismo loco. Este último, el idealismo cuerdo. El primero es trascendente y extrahumano. El segundo, exclusivamente humano. De ahí que don Quijote se nos ofrezca como un alma complicada. Sancho, en cambio, es una alma simple. Y por esta simplicidad, Sancho, en ciertas circunstancias, no com-

prende a don Quijote y se asombra, muy justamente, de que un hombre tan loco diga cosas tan cuerdas.

Así se explica la razón porque, en determinado momento, no pudiendo por más tiempo contener el estupor que le provocaba continuamente don Quijote con su doble personalidad de loco y de cuerdo, alternativamente, Sancho con toda llaneza, le dirige las palabras que a continuación trascribimos:

“¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y a jurar que este mi señor es loco? Digan vuestras mercedes, señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?”

Y no obstante, es preciso decirlo, Sancho Panza había ya anteriormente confesado que él consideraba a don Quijote como un loco rematado. Todo lo cual, como vemos, demuestra la profunda simplicidad espiritual de Sancho.

Si don Quijote hace quizás un bien a Sancho al tomarle como escudero, éste hace un mayor bien a aquél al engañarle que Dulcinea del Toboso ha experimentado un encantamiento. Con esta mentira, Sancho salva a don Quijote. ¿Cuál habría sido, decimos, el resultado de la desilusión de don Quijote frente al descubrimiento de la realidad con respecto a la dama de sus pensamientos? ¿No habría, acaso, tomado otro giro la idealidad de don Quijote? ¿La mentira en que viven algunos ideales no es precisamente el ambiente que necesitan para vivir y alimentar así a su creador?... Por eso, cuando Sancho miente a don Quijote deliberadamente, a sabiendas, lo hace llevado por el profundo afecto que le tiene. Sancho comprende perfectamente a don Quijote y conoce el engaño en que vive. Sabe, por lo mismo, que desengañarle equivaldría a matarle. Y como Sancho ama a don Quijote, él piensa que ayudándole a vivir en la farsa encantada en que don Quijote vive, le presta realmente una inapreciable ayuda moral y material. Con tal engaño, Sancho robustece el gran idealismo de don Quijote. A partir de entonces, su sentimiento de lo maravilloso se aviva más aun todavía; y la belleza de doña Dulcinea del Toboso queda tal como la había concebido la fantasía descentrada de don Quijote, tal como la había soñado en lo hondo de su corazón y de su mente. Tal como la sabía amada por él, tal como la sentía y la veía espiritualmente, digna, gallarda, con una hermosura suprema, correspondiendo perennemente a su gran cariño de caballero andante. De ahí que, librándose don Quijote del desengaño de no existir tal Dulcinea del Toboso, ni haber sido nunca amado por ella, como él se imaginaba; se salva don Quijote, y al salvarse don Quijote se salva también para la humanidad, para el futuro. Y hasta se podría asegurar que salvándose don Quijote se salva en él y a través de él la humanidad. Lo primero, porque si don Quijote hubiese sucumbido ante la miserable rea-

lidad, habría muerto instantáneamente y Cervantes no habría podido contarnos la historia de su vida tal como la conocemos. Lo segundo, porque la vida de don Quijote demuestra palmariamente el valor de la mentira y de la farsa en la vida de los ideales. El ideal es como un loto que surge del pantano de la vida y para que la flor del loto pueda seguir lozana, blanca y pura, no debe ver las aguas cenagosas que la alimentan. De ahí que Sancho, engañando a don Quijote, para que en él pueda vivir el ideal de su bella amada, le presta un bien que jamás podrá pagarle.

IV

Nos vamos a referir, en fin, al último capítulo de la gran obra cervantina. Nos admira que los críticos hayan pasado sobre esta página sin verla. Es ahí donde se ostenta, toda desnuda, el alma cristalina de Sancho y la fuerza de un auténtico idealismo suyo. Se encontraba ya, como sabemos, don Quijote, en su lecho de muerte. Acababa de recobrar la razón. Hallábase, pues, nuevamente encendida la luz de su conciencia personal. Era otra vez Alonso Quijano El Bueno. En presencia de todos, Alonso Quijano abjura de don Quijote y se arrepiente, también, de haber desperdiciado el tiempo en aventuras y andanzas inoficiosas; reniega de los libros de caballerías; abomina, en resumen, de todo su pasado quijotesco. Y, llamando especialmente a Sancho, le pide mil perdones por haberle hecho que le acompañe, haciéndole parecer loco, como él había sido entonces y haciéndole creer de que habían existido antes y en ese entonces, en el mundo, caballeros andantes. El antiguo escudero quédase estupefacto. No acierta a comprender lo que oye. Se le ocurre un sueño horrible, una pesadilla, diríase, la escena que estaba viendo. Y se resiste a creerla. No quiere captar en ese instante todo el tremendo sentido, desilusionante y trágico, de lo que estaba sucediendo. Y, a todo ello y dándose cuenta quizá de que Alonso Quijano el Bueno se marchaba efectivamente de la vida y se preparaba a elevar su espíritu hacia Dios, Sancho, presa de la más profunda emoción de pena, dice a don Quijote las palabras que siguen:

—“¡Ay! No se muera vuesa merced, señor mío, sino que tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie lo mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizás tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuando más que

vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana”.

Todo, sin embargo, fué en vano. Pocos momentos después, Alonso Quijano el Bueno, llamado anteriormente el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, dejaba de existir, sumiendo en honda consternación a los que le rodeaban, especialmente al antiguo escudero suyo, quien loco de desesperación y de pesar ante tan irreparable pérdida, queda ahí, junto al lecho del muerto, inmovilizado, hierático, poseído por un acceso de sollozos, llorando a gritos, como si una parte de su vida se hubiese desprendido al dormirse don Quijote en el último y definitivo sueño de su existencia.

¿No es esto, nos preguntamos, sólo esto, suficiente para elevar la figura de Sancho? ¿No dan las palabras que anteceden un mentís rotundo a los que le suponen un materialista? Sancho había escuchado, de labios del propio Alonso Quijano, que don Quijote ya no existía. Había oído que el ofrecimiento de la ínsula no pasó de ser un producto de la locura caballeresca de don Quijote, una quimera imposible y descabellada del entonces caballero andante. Habíasele dicho asimismo, que no habían existido nunca, en parte alguna, los llamados caballeros andantes y que las historias escritas sobre ellos eran puras fantasías literarias. Había escuchado también que doña Dulcinea del Toboso sólo fué una creación ideal, que no tuvo nunca forma humana; y, que todo, en fin, había sido simplemente una divagación desorbitada. Y no obstante todo esto, Sancho aconseja a don Quijote que se sane a fin de que ambos puedan dedicarse luego a la vida de pastores, como lo tenían concertado. El buen Sancho, el fiel escudero, que contemplaba en don Quijote el desvanecimiento de un ideal, bello y grandioso en sí mismo, pretendía dar vida a otro ideal que lo reemplace. Y, a pesar de que don Quijote no tiene nada que ofrecerle ya y Sancho sabe, perfectamente, que nada le podrá dar, éste continúa resuelto siempre a servir y a seguir a su antiguo amo.

He ahí el espíritu esencialmente idealista de Sancho. He ahí también el supremo desinterés suyo. Aquél idealismo y este desinterés constituyen el fondo de su ser. Le habíamos juzgado un materialista y un interesado porque anheló el gobierno y la posesión de la ínsula ofrecida por don Quijote. Y ahora que está dispuesto a servir a don Quijote sin recompensa alguna, sin remuneración, sin premio, ¿persistiremos en suponerle un interesado y un materialista, como hasta hoy? ¿No es bastante prueba del congénito desinterés de Sancho el que diga a don Quijote que se sane y que viva para servirle y emprender juntos otra nueva vida? ¿No insinúa Sancho, con esto, a don Quijote, un nuevo ideal? Evidentemente, Sancho comprende la fuerza del ideal. Sancho no necesi-

taba estar loco para ser idealista. Lo era por temperamento, por una vocación innata de su naturaleza. Don Quijote, empero, sólo en virtud de su locura había podido ser tal. Esto nos demuestra, pues, que el verdadero don Quijote no había estado en el cuerpo de Alonso Quijano el Bueno, sino en el de Sancho Panza. Se opera así una mutación de valores entre el caballero andante y su escudero. El hecho de que Sancho diga a don Quijote que le eche a él solo la culpa de haber perdido en la lucha con el caballero aquél que le impuso al derrotarle la pena de volverse a su pueblo y no salirse de él todo un año; no demuestra, decimos, suficientemente, el gran espíritu de Sancho, su inmensa generosidad, su carácter templado por el fuego de un auténtico idealismo? En el gran desinterés, en el profundo cariño que tiene para don Quijote en el supremo momento de su muerte, el pensamiento íntimo de Sancho, ¿no es el mismo de aquel célebre soneto atribuido a Teresa de Jesús, cuya primera estrofa dice:

No me mueve mi Dios para quererte,
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Y, por todo ello, creemos que Sancho no es el tipo interesado y materialista que le habíamos creído hasta ahora. Al contrario, es la encarnación del más puro idealismo, de la más genuina espiritualidad. En adelante, estamos seguros, su rústica y sencilla figura, habrá de inspirar también el cariño y la veneración que sólo a don Quijote se le tributa actualmente; y su nombre, al igual que el de este último, ha de transformarse en un calificativo enaltecedor y honroso.

CONCLUSION

Hasta aquí, el ensayo reivindicatorio de la persona de Sancho, tal como fué presentado por nosotros a un concurso literario, mereciendo el primer y único premio ofrecido. No obstante haber mucho que suprimir, agregar o modificar, tanto desde el punto de vista de la forma, como desde el punto desde el punto de vista del contenido, hemos querido, sin embargo, dejarlo intacto y en su forma primitiva. Como conclusión, deseamos, empero, decir algo más al rededor de don Quijote y Sancho.

El quijotismo y el sanchismo, en el fondo, son las dos manifestaciones opuestas y complementarias de la energía espiritual del hombre. Son pues, en esencia, la misma cosa. Difieren, no obstante, en su forma de vivir y de expresarse. El quijotismo es la fuerza espiritual que se alimenta de la ilusión. El sanchismo, en cambio, se alimenta de realidad. Pero el quijotismo, como ilusión, camina

al desengaño; mientras que, el sanchismo, camina hacia la esperanza y la idealidad. Y se podría expresar paradójicamente esta suprema realidad del espíritu humano diciendo que el quijotismo tiende hacia la sanchificación y el sanchismo tiende hacia la qui-jotización. Dos modos de evolucionar de dos fuerzas en esencia idénticas y en apariencia distintas y aún antagónicas.

El quijotismo es el impulso virgen y primitivo del espíritu. El sanchismo es el mismo impulso, pero ya sujetado, encauzado, disciplinado. Por eso el quijotismo puro no es capaz de construir nada por sí solo y precisa en todo momento el auxilio del sanchismo. De ahí la tragedia sempiterna del hombre. El espíritu humano es un campo de batalla donde se libra la lucha entre dos fuerzas: el quijotismo que es ilusión y el sanchismo que es duda. La ilusión arrastra hacia la actividad y la duda lleva hacia la inmovilidad. De un lado anhelo de lucha y de movimiento; de otro lado afán de reposo y de quietud. Y el hombre, en medio de esas dos fuerzas que le atraen opuestamente y que amenazan anonadarle dividiéndolo en dos partes que separadamente no podrían vivir.

He ahí la gran realidad espiritual denunciada por Cervantes en su inmortal Obra. Ese doble aspecto de lo humano fué, sin duda, íntimamente sentido por Cervantes. No solamente es España donde existen el quijotismo y el sanchismo claramente deslindados. El quijotismo y el sanchismo, puesto que son propios del hombre, existe ahí donde éste vive. Esto equivale a decir que el qui-jotismo y el sanchismo son notas características de todos los hombres, sean las épocas o los pueblos en que han vivido o viven. Por eso todo lo que el hombre ha hecho en el pasado, todo lo que hace en el presente, no ha sido en el fondo, o no es, sino un producto, mejor dicho, una síntesis de quijotismo y de sanchismo. Siendo el quijotismo el empuje originario y primitivo del espíritu, domina en los hombres y en los pueblos relativamente jóvenes y primitivos. Por eso estos son capaces de las mayores grandezas y también de los mayores errores. Los hombres y los pueblos maduros, en cambio, son típicamente sanchistas, en el sentido entendido por nosotros este término. Pero como el quijotismo y el sanchismo caminan mutuamente el uno hacia el otro, resulta que los hombres y pueblos jóvenes terminan por sanchificarse; mientras que los pueblos y hombres maduros terminan por el quijotismo.

Debemos no olvidar que, para nosotros, quijotismo no es sinónimo de puro idealismo; como tampoco sanchismo, es sinónimo de puro materialismo. Ambos son dos formas de ser del idealismo; sólo que el primero es el idealismo incontrolado e inexperto y el segundo el idealismo disciplinado y ya encauzado por la experiencia. ¿Cuál de los dos está por encima del otro? Difícil resolver esta cuestión. Dejamos al análisis de la vida misma decir su palabra al respecto.

América es todavía, como bien sabemos, un pueblo joven y relativamente virgen y primitivo. América, además, es casi una hija de España, donde el quijotismo ha sido siempre y continúa siéndolo, una fuerza dominante. Como consecuencia natural de una ley biológica, en América pues, más propiamente en la América española, es en donde el quijotismo ha ejercido una supremacía y también la dirección espiritual de su desarrollo y de su vida. De ahí que, en América, todo haya tenido siempre y todo tiene en la actualidad, un sentido eminentemente quijotesco. En política especialmente, América es por entero quijotesca. Toda la historia de América es, por eso, como una aventura de don Quijote y sus hombres, en todos los campos de la actividad humana, se comportan, en su mayoría no como auténticos quijotes, sino como pequeños y hasta falsos quijotes. De aquí el sentido, en partes grandiosa, en partes grotesca, en partes sublime, en partes ridícula, de la vida americana.

No deseamos ahondar esta cuestión. Nuestra intención ha sido simplemente poner de manifiesto como el quijotismo y el sanchismo constituyen las dos fuerzas directrices del hombre. Hay momentos, épocas, en que una de estas dos fuerzas domina sobre la otra, tanto en los pueblos como en los individuos. Sólo el equilibrio y la armonía entre ambas asegura una evolución normal y fructífera, tanto moral como materialmente. Pero como este equilibrio y esta armonía son difíciles de conseguir, la tragedia humana es y será siempre la misma: afán de conciliar la ilusión y la realidad, la fé y la duda.

Biblioteca de Letras

CÉSAR GÓNGORA P.

«Jorge Puccinelli Converso»